

Vuelta de hoja/Aldemaro Romero Díaz

El pecado de enseñar

LA UNIVERSIDAD DE Harvard, Estados Unidos, es mundialmente famosa. Tiene investigadores prestigiosos en casi todos los campos del saber. Como toda universidad, sus investigadores enseñan y mientras más prestigioso es el investigador, más populares son sus clases.

En los últimos meses se han dado a conocer opiniones según las cuales nuestro sistema universitario debería ser reformado con el fin de excluir a los investigadores de labores docentes, dejando las labores de enseñanza a un cuerpo dedicado exclusivamente a la docencia, llegándose a afirmar que "es necesario distinguir muy bien quién es un investigador y quién un docente". (El Nacional 19-4-85).

Dicha distinción es artificiosa. Primero, el grueso de los trabajos de investigación publicados en todo el

mundo es escrito por profesores universitarios para quienes no existe contradicción en el papel dual de docente e investigador. Segundo, es bien sabido que lo que se investiga es lo que mejor se enseña: la docencia de ciertas materias universitarias avanzadas (para las que no existen libros de texto), sólo pueden ser dictadas por investigadores. Tercero, todo investigador se beneficia del contacto permanente con los estudiantes; muchos son los ejemplos de grandes descubrimientos derivados del contacto estudiante-investigador. Cuarto, ninguna economía puede soportar la carga que representaría pagar a dos personas por el trabajo que una sola puede hacer en el medio universitario.

Sospecho que buena parte de la crítica hacia el papel dual investigador-docente, viene de aquellos que sienten que la universidad venezolana deja

mucho que desear en lo referente a lo que produce respecto a lo que se invierte en ella. Pero tratar de erradicar un mal por medio de un error es desacertado. No se puede crear una dicotomía artificiosa entre investigador y docente sólo porque nuestro sistema universitario ha sido víctima de ambiciones políticas.

Si queremos que nuestras universidades sean notorias por sus logros académicos más que por sus conflictos políticos, el camino es el de proveerlas con los recursos económicos y humanos que necesita para que los miembros de su claustro desarrollen al máximo sus condiciones de investigador que les permita enseñar mejor. El encerrar a los investigadores en una torre de marfil mientras se crea un cuerpo artificioso de docentes, sería corrosivo en lo económico, ineficiente en lo académico e impráctico.